

Lize Spit

El deshielo





Seix Barral Biblioteca Formentor

Lize Spit

El deshielo

Traducción del neerlandés por
Catalina Ginard y Marta Arguilé

Título original: *Het smelt*

© Lize Spit, 2016

© por la traducción, Catalina Ginard y Marta Arguilé, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Este libro fue publicado con el apoyo de Flanders Literature (www.flandersliterature.be)



Canciones del interior:

pág. 13: © *The Ketchup Song (Asereje)*, © 2002 Altra Moda Music (www.altramoda.nl), interpretada por Las Ketchup

pág. 66: © *Buddy Holly*, © 1994 Geffen Records, interpretada por Weezer

pág. 66: © *Good Times*, © 1994 Geffen Records, interpretada por Edie Brickell

pág. 71: © *Pump Up the Jam*, © 2009 ARS Entertainment Belgium (A Division Of Universal Music Belgium), interpretada por Technotronic

pág. 71: © *No Limit*, 1992 & 2014 BYTE Records Belgium, interpretada por 2 Unlimited

pág. 342: © *Smooth Criminal*, 2012 Epic/Legacy, interpretada por Michael Jackson

Primera edición: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-322-3291-6

Depósito legal: B. 17.652-2017

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

LAS 9.00

La invitación llegó hace tres semanas en un sobre exageradamente franqueado. El peso de los sellos, que a su vez debió de aumentar los portes, me llenó de esperanza al principio: aún hay cosas que se necesitan para existir.

Encontré el sobre encima del resto del correo, una docena de cartas y folletos apilados en dos montoncitos idénticos delante de mi puerta. Aquello llevaba la firma de mi vecino: una pila por cada favor que tendría que devolverle. Debajo del sobre excesivamente franqueado había un folleto de una vidente francófona y un catálogo de una tienda de juguetes dirigido a los vecinos del piso de arriba: el correo que tiende a alterar a los niños suele ir a parar a mi buzón. También había facturas y cuatro hojas de publicidad de un supermercado barato, todos con el consabido pavo poco relleno, bizcocho de moca y vino a buen precio. Y yo, por supuesto, seguía sin tener ningún plan para Nochevieja.

Recogí el conato de barricada, entré en mi piso y, correo en mano, efectué la ronda habitual, abriendo cada puerta sin saber qué era peor: si encontrarme alguna vez con un intruso o siempre con aquellas habitaciones vacías.

Después de colgar el abrigo y los guantes me puse a preparar la cena. Pelé una patata y le quité los grillos que le habían salido. Llené el hervidor de agua y lo encendí; puse una olla al fuego a máxima potencia para que el hervidor supiera que tenía que espabilarse.

Mientras esperaba, examiné la carta.

Reconocí la letra con la que habían escrito mi nombre y mi dirección con un bolígrafo negro, aunque de entrada no logré identificarla. Levanté la solapa del sobre con la punta del cuchillo. Apareció una tarjeta blanca, la foto de un bebé y un nombre. Sin ver siquiera la imagen, el nombre o la fecha, supe que era una foto de Jan y que no se trataba de un anuncio de nacimiento. Este 30 de diciembre Jan habría cumplido treinta años.

Volví a mirar la dirección, el nombre de la calle. Los trazos estaban escritos con tanta fuerza que parecían hundirse en el papel. Era la letra de Pim, claro. Durante años me senté a su lado en clase y le observé mientras hacía sus exámenes. Nunca entendí por qué apretaba tanto al escribir, tampoco de esa forma acertaba las respuestas.

Así que Pim había buscado mi dirección y la había copiado sin equivocarse, letra a letra. La invitación propiamente dicha estaba impresa. En el interior había una carta.

«Queridos...» Los puntos suspensivos dejaban espacio para mi nombre escrito a mano.

«Como sabéis, Jan cumpliría treinta años este mes. Y vamos a inaugurar nuestra central lechera casi automatizada. Ya es hora de que nos reunamos de nuevo para tomar juntos un aperitivo.»

Me descalcé para percibir la suavidad del parqué en la planta de los pies. La fiesta póstuma de Jan era en realidad un truco publicitario, un intento de congrega a la

mayor cantidad de gente posible para la inauguración de una nueva empresa.

No seguí leyendo. Tiré a la basura la tarjeta con el resto del correo y las mondaduras de la patata. Abrí el grifo, metí las muñecas bajo el chorro frío y luego me eché agua en la cara.

La olla de hierro fundido vacía crujía suplicando que le echara un poco de agua, y aunque la del hervidor ya estaba caliente, apagué el gas. Había perdido el apetito.

Antes incluso de secarme las mejillas con el paño de cocina, supe que no podría dejarlo estar.

Saqué la tarjeta de la basura.

La foto de Jan se había ensuciado con las mondaduras de patata. Su boca se había convertido en un borrón negro y sus labios se habían corrido hasta la frente. Con el paño intenté devolver la sonrisa de Jan a su sitio.

«A las 15.00 se abren las puertas de la vaquería. A las 15.15 habrá una pequeña demostración del robot de ordeño seguida de una fiesta. P. D. Venid bien abrigados. En lugar de flores, traed una foto o un buen recuerdo de mi hermano. También podéis enviarlo por correo electrónico a info@vaqueria.com o publicarlo en la página de Facebook de Jan. En el dorso está la descripción de la ruta.»

En la parte posterior de la tarjeta, debajo de un sencillo mapa de carreteras, había una cita empalagosa. La leí unas cuantas veces en voz alta, como querría Pim. Eran frases demasiado forzadas.

Ya son más de las nueve, acabo de pasar por Vilvoorde. El reloj de mi coche parpadea cada pocos segundos y adelanta varios minutos respecto a la hora que indica mi móvil. Quizá se deba al frío. Mientras conduzco por la auto-

pista, el rostro inexpresivo de Jan reposa junto a mí en el asiento de al lado.

No he cogido la tarjeta para mirar la foto. Tampoco me hace falta volver a consultar la hora exacta ni la descripción de la ruta.

Lo único que necesito es la gruesa capa de sellos. Esos sellos demuestran que Pim quería asegurarse de que me llegara la invitación. Por supuesto, sé que no va dirigida a la persona que soy ahora, sino a la que era cuando todavía nos hablábamos, la Eva de antes del verano de 2002. Por eso, hoy hago justo lo que habría hecho entonces: acudir a la cita a mi pesar.

4 DE JULIO DE 2002

La voz del locutor llega desde el jardín. Es jueves, hora punta. Hay tantas retenciones en la carretera que acabaría antes enumerando los puntos donde la circulación es fluida. Advierte que se acercan unos días de mucho calor. Después del parte meteorológico ponen el *Ase-reje* de Las Ketchup. Los sonidos quedan sofocados por el aleteo de unos pájaros que remontan el vuelo.

Quizá se deba a que por fin he dormido bien o a la música que va acompasando cada movimiento, pero por primera vez desde el invierno es como si me despertara en el lugar adecuado. Ante mí se extiende un verano por estrenar. Las campanas de la iglesia vigilarán la duración de las horas, nadie adelantará ni retrasará las agujas del reloj, ni siquiera Laurens y Pim. Por primera vez desde el funeral de Jan, una idea me tranquiliza. Bastará con que siga el ritmo marcado y todo saldrá bien.

Me incorporo en mi cama alta, a la que se accede por una escalera, y veo que Tesje está de pie junto a la suya. Tiene el pelo corto pegado a la cabeza sudada. Inspecciona su sábana, mira si el embozo guarda exactamente la misma longitud a ambos lados.

—¿Has dormido esta noche? —le pregunto.
Ella asiente con la cabeza.
Es un día perfecto para unas bolas de chicle.

Cuando voy por la bici me encuentro con mi padre. Fuma mientras escucha con cierto orgullo las noticias de las once, que suenan alto y claro en la radio que ha colgado del cerezo para espantar las cornejas. Está apoyado en el anexo construido en la parte trasera de la casa, que llamamos *el taller*, aunque allí no trabaja nadie.

El atasco hacia la costa aún no se ha disuelto a causa de dos graves accidentes en la E40, y yo he escondido una moneda de cincuenta céntimos en cada calcetín. Las monedas van bajando a cada paso que doy.

Papá se saca de la boca la colilla, consumida hasta el filtro, la apaga pisándola con la zapatilla y la recoge.

Lleva unos vaqueros negros. Solía ponérselos para ir a trabajar pero se han ido deformando. La tela hace bolsas en las rodillas; es la marca de su postura más frecuente, en cuclillas junto a la caja de cerveza.

—Eva —me llama.

Se vuelve y me hace señas para que lo siga. En sus labios, mi nombre suena unas veces como una orden; otras, como una pregunta; pocas, como algo mío.

Sigo a mi padre hasta el taller. Las monedas se deslizan por mis tobillos hacia la planta de los pies.

A mamá se le ocurrió llamarlo así cuando compraron esta casa y cada habitación vacía les permitía convertirla en lo que quisieran si repetían el nombre lo suficiente. Papá iba a hacer grandes cosas aquí. Cuidar del jardín, podar el seto, construir un compostador o reformar el baño, cuyas paredes estaban forradas con papel de ositos

porque los anteriores propietarios lo utilizaban como dormitorio infantil. En medio del cuarto, mi padre levantó un tabique de ladrillos huecos para poder colgar un lavamanos. En cuanto tuviera dinero, alicataría las paredes. Jolan descubrió que los huecos de los ladrillos eran perfectos para guardar los cepillos de dientes.

—Será práctico el tiempo que dure —decidió mamá.

Para entonces Jolan ya había calculado lo mucho que el tiempo podía llegar a durar.

El taller está lleno de latas de cerveza vacías y de trastos. Las paredes interiores están cubiertas de hongos, casi todos han crecido torcidos para poder asomarse por el borde de sus sombreros y ver con sus propios ojos qué demonios se cuece aquí durante tantas horas.

Papá tira la colilla apagada dentro de una lata en la que aún queda un trago.

—Si no, la mujer se quejará —me dice señalando la puerta que conecta con la casa, con la cocina.

Tiene los hombros caídos como si las axilas le pesaran demasiado. Permanecemos un rato así, mirándonos en medio de un taller sembrado de gorras azules, bandejas hinchables azules, pelotas de playa azules; productos que regala la bodega Peters con las cajas de cerveza Maes Pils.

¿Verá papá lo que yo veo? ¿Que esto se ha convertido en un almacén lleno de premios de tómbola?

Me llama la atención el taladro, que no cuelga del techo con las demás herramientas, sino que descansa sobre una estantería recientemente atornillada a la pared. Fue la única vez que se utilizó. No sabría decir qué hizo posible qué: si el taladro la estantería o la estantería el taladro.

Todas estas herramientas no han venido a parar aquí por casualidad. Cerca de donde vivimos —no tanto como

para ir caminando, pero sí en bicicleta— hay un supermercado que cada año vende algo que los padres aún no tienen. Por el puente de la autopista que nos separa del pueblo vecino se ve a menudo a madres pedaleando, haciendo esos con sierras de calar, brazos de masaje, podaderas y pinzas para la barbacoa en el manillar de la bicicleta.

Le regalamos el taladro a papá hace un año. La alegría le duró básicamente mientras el trasto estuvo empaquetado encima del aparador. Después de desenvolverlo, lo depositó sobre una pila de paños de cocina planchados, y allí se quedó hasta que los preparativos de su siguiente cumpleaños ya no pudieron posponerse por más tiempo.

—Un taladro sólo se utiliza un promedio de once minutos durante toda su vida útil —dice papá.

—Eso es poco —le contesto.

Miro si la etiqueta del precio sigue pegada a la caja para poder calcular lo que cuesta el taladro por segundo. Luego se lo explicaré a Pim y a Laurens. Podría interesarles.

—Mira, Eefje, quiero que veas esto.

Papá me muestra un nudo corredizo que cuelga de la viga central, junto a la podadera.

—Ni te imaginas lo difícil que es colgar bien algo así, ¿a que no?

Me limito a encogerme de hombros. La gente se encoge de hombros cuando algo no le importa o cuando le importa mucho pero no encuentra las palabras adecuadas para expresarlo. Cada vez que lo hago pienso que ya va siendo hora de elegir otra parte del cuerpo para ese menester o, en último caso, otro gesto. La anatomía de los hombros, a diferencia de la de las cejas, no da para tantas sutilezas.

—No todo el mundo sabe hacer el nudo —me dice—. Tiene que colgar a la altura exacta.

—Ya lo veo —le digo—. ¿Y cuál es la altura exacta? No hace caso a mi pregunta.

—Si el nudo está mal hecho, sufres más. Tú no quieres que yo sufra, ¿verdad?

Vuelvo a mirar la soga mientras niego con la cabeza.

—Si no caes desde una altura suficiente, el cuello no se rompe y la agonía se alarga. Y si la altura es excesiva, el cuello se parte del todo, y no querrás hacerles eso a los que te encuentren, ¿verdad que no?

—No, no quiero —le contesto.

Papá lleva puesta una gorra. El sudor de los últimos días ha calado en ella y se ha secado. La sal le ha dejado un rastro de sinuosas líneas blancas a la altura de la frente. Cuanto más calurosos son los días, más sube la línea del sudor.

Me mira en silencio, se quita la gorra y comprueba si hay algo raro. No ve nada. La gorra aterriza de nuevo en su cabeza, pero ahora está al revés.

No puedo evitar pensar: «Este hombre es mi padre». Es más viejo que la media porque tardó en conocer a alguien que quisiera tener hijos con él. Trabaja en un banco, hace cosas sobre las que nunca entra en detalles y sobre las que los demás nunca le preguntan, pues parten de la idea de que si una persona no saca el tema es porque no hay nada que contar. Para llegar al trabajo tiene que pedalear a diario —llueva o no llueva— hasta la parada del autobús, con el que luego realiza un trayecto de media hora. Durante esos días de entre semana gana lo suficiente para mantener a su familia, que no hace preguntas, y para pagar el techo que la cobija y del que él puede colgar los regalos que le compran con su dinero sin que él los quiera.

Soy la mayor de las hijas de este hombre, así que no puedo permitirme asentir sin más o contestarle cualquier cosa sin saber qué está tramando.

Tenso los músculos de la cara. No es una sonrisa. Tampoco es un gesto de compasión. Puede que sea comprensión, aunque no sé cómo se traduce eso en una mueca.

—Piensas como tu madre que este vejestorio nunca habla en serio. Que este vejestorio no se atreverá a hacerlo, ¿verdad?

Papá dice siempre «tu madre» y mamá hace lo mismo cuando habla de él, dice «tu padre». Eso no es justo. Así intentan escaquearse, y es como si fuese yo la que los eligió a ellos.

—¿Quieres que te lo demuestre?

Coge la desvencijada escalera de mano, la abre justo debajo de la sogá y empieza a subir. Después del tercer peldaño, la escalera se tambalea peligrosamente. Me acerco y me sitúo en el lateral. Las monedas se deslizan hasta las plantas de mis pies. En la radio se han acabado las noticias de las once y ahora sigue la publicidad.

«No pague de más. Si lo encuentra más barato en otra tienda, le devolveremos la diferencia.»

Papá llega a lo alto de la escalera. Se mantiene en equilibrio con los dos pies en el mismo peldaño, está justo debajo de la sogá. La cuerda se balancea y le da en la coronilla. Él está a punto de perder el equilibrio. Yo agarro bien la escalera. Sólo puedo asegurarme de que mi padre no se caiga. No puedo impedir que salte. Presiono el suelo con tal fuerza que noto cómo me arden las monedas dentro de los calcetines. La efigie del rey Alberto II se me quedará grabada en la planta de los pies durante el resto de mi vida.

Papá tira de la sogá y comprueba que está bien sujeta.

Se la ciñe al cuello. Pasea la mirada por su imperio azul. Asiente con la cabeza. Se diría que está satisfecho.

—La gente que se cuelga suele arañarse la garganta. Eso les pasa porque se desdican. No hay que arrepentirse —me dice.

Asiento en silencio.

—¿Me has oído, Eva?

Vuelvo a asentir.

—¿Qué he dicho?

—Que no hay que arrepentirse —le contesto.

—No te oigo.

—No hay que arrepentirse nunca —repito más alto.

Sólo ahora mira donde estoy, me ve aguantando la escalera.

Guarda silencio un momento.

—Tienes que hacerte algo en el pelo, Eva —me dice entonces—. No te queda bien.

A mí me parece que mi pelo está perfecto: es lo bastante corto para llevarlo suelto cuando hace frío y lo bastante largo para hacerme una cola los días de calor. Papá aún tiene que acostumbrarse. Hace una semana, yo misma me lo corté unos centímetros porque tenía las puntas abiertas. Lo hice delante del espejo del enmohecido cuarto de baño, encima del viejo mueble que hay allí, con las tijeras que mamá usa para cortar tela.

—Gracias por sujetar la escalera, Eva —me dice papá. Ya se ha quitado la soga del cuello y ha bajado dos peldaños—. Eres la única que está al corriente de esto. Ni siquiera tu madre sabe nada. Que siga así.

Busca en el bolsillo del pantalón y, apoyando la espalda en los peldaños centrales, enciende otro cigarrillo.

—Seguramente es una buena señal que te lo haya mostrado.

Succiona la piel de las mejillas entre los dientes. Luego desciende con cuidado hasta el primer peldaño. Una vez en el suelo, me golpea el hombro con tanta fuerza que pierdo el equilibrio; uno de esos manotazos que los padres acostumbran dar a sus hijos varones.

—No te conviene fumar —le digo.

En el escaparate de El Colmado hay expuestas algunas barritas Raider sobre un tapizado de césped artificial. En realidad, estas barritas ya no existen —ahora se llaman Twix—, pero nadie se atreve a decírselo a Agnes. Lleva al frente de este sitio más años de los que la mayoría puede recordar.

Este establecimiento estrecho y profundo tiene todo lo que cabe esperar de una tienda de comestibles. Sin embargo, en general la gente se limita a comprar cosas que no pueden caducar, arrugarse o reventarse. Una vez, el primo de Laurens tuvo la osadía de volver con un paquete de fideos caducados.

—Ésta no es la fecha de caducidad, muchacho, sino la fecha de elaboración del producto —le ladró Agnes.

Tras una breve discusión, le cambió los fideos por un paquete de rotuladores. Unas horas más tarde, en el letrero de la tienda —TODO TIPO DE ALIMENTOS SECOS— apareció la apostilla *FABRICADOS EN EL FUTURO*. Agnes nunca intentó borrarlo. Al contrario. Se ha especializado en la manipulación de las fechas de caducidad. Con un bolígrafo fino convierte los treses en ochos o nueves, le bastan un par de trazos para que «feb.» se transforme en «sep.». Sabe que de todas formas los del pueblo seguirán yendo; a los que se andan con remilgos no les queda otra que coger el coche para ir al pueblo más cercano a por un paquete de

harina. Los principios siempre tienen un límite. Incluso el primo de Laurens regresaría más tarde a por los fideos.

Entro. El día ha empezado bien. Aún le debo unas bolas de chicle. Una campanilla delata mi presencia; no es igual que la de la carnicería, aquí suena más como un chillido.

Las persianas de la tienda están bajadas casi por completo, el interior se encuentra en penumbra. Entre los estantes llenos a rebosar se respira un frío rancio. Una mañana conservada durante demasiado tiempo. Espero sin quitarle el ojo a la puerta que da a la trastienda. Allí es donde Agnes tiene su guarida y donde se dedica a hacer crucigramas que ha fotocopiado. Quizá tenga un sillón y una mesa, o incluso una cocina. Nadie puede confirmarlo.

Me quedo esperando, pues a Agnes no le gustan los clientes que se ponen a husmear en su ausencia. Me suelto los cordones de los zapatos y me saco las monedas de los calcetines. No hacía falta que escondiera el dinero esta mañana, mamá no me ha visto salir.

—¡Ah, Eva! —oigo.

Acabo de anudarme los cordones y me pongo derecha.

Agnes se apresura a llegar al mostrador, camina ligeramente doblada. La espalda se le fue torciendo hasta tomar forma de mesita. Una vez, Laurens bromeó sobre cuántas cañas podría llevar sobre sus omoplatos sin derramarlas. Hoy calculo que unas ocho. Tengo que recordarlo, quizá pueda contárselo luego.

Sigo a Agnes entre los estantes grises llenos de esponjas, cepillos de dientes, compresas y flores de plástico. Sabe a qué he venido. Las chucherías están en el pasillo central.

—¿Dónde están los otros dos mosqueteros, el hijo del carnicero y el del granjero? —me pregunta.

Yo me encojo de hombros.

Desde que su marido se fue con otro hombre, desde

que apareció el nuevo eslogan en el letrero de su tienda, Agnes no permite que los clientes se sirvan las golosinas, ni siquiera yo.

Le pido educadamente veinte obleas ácidas, cinco cintas y dos paquetes de bolas de chicle. Agnes mete las chucherías en un cucurucho.

—¿Vas a quedar hoy con el hermano de Jan? ¿Vas a compartir esto con él? —me pregunta.

Asiento con convicción, aunque no lo sé seguro.

Ella me da un poco más de todo.

Cruzo el pueblo en bicicleta con la bolsa colgada del manillar. Escudriño las calles vacías con la esperanza de que, si miro lo suficiente, Laurens y Pim se despejarán de los *collages* de viejos recuerdos. Después de una hora me he acabado las golosinas. La boca me arde de la acidez. Tendría que haberme quedado en casa. Puede que hayan intentado llamarme.

Paso por delante de la carnicería.

La bicicleta de Laurens no está apoyada en la fachada. Quizá tenga nuevos amigos o pasatiempos de los que no me ha hablado, o tal vez haya salido. Quizá hoy haya dejado la bici en el garaje y con este tiempo prefiera ver la tele en lugar de estar conmigo.

Miro por el gran escaparate de la tienda. El cura está comprando carne. Señala la mortadela. La madre de Laurens pone la pieza en la máquina de cortar. A través de la puerta abierta oigo el lento ir y venir de las cuchillas. La carne no chasquea cuando la cortan, parece más bien como si se deshilara.

Laurens tenía razón. «Una vaca está compuesta por un millón de hilos —dijo una vez a la hora del almuerzo

en la escuela mientras hacía bolitas de pan que después recubría con la mortadela que había deshilachado—. Una vez te das cuenta de eso, ya no te da cosa cortar carne.» Dudé de que se le hubiese ocurrido a él, pero me pareció igual de alucinante que se acordara de algo así.

Mirar a la madre de Laurens casi siempre me tranquiliza. Observo cómo mueve las manos, habla del tiempo, que está cambiando, y luego amontona las lonchas sueltas y frescas de salami sobre la balanza.

Mientras el cura aprueba y paga el embutido, me invade una tristeza que hacía tiempo que no sentía y que creía o, mejor dicho, deseaba que hubiera desaparecido para siempre.

Ahora ya sé que no hay nada que me libre de esta sensación, aunque llegue a tiempo a la clase correcta y lleve la ropa con la que todos están acostumbrados a verme, aunque esté mirando la carne, aunque no esté mirando la carne. En esos momentos me falta algo, todo, como si alguna vez hubiese estado más completa y algo en mi interior recordara esa sensación.

Me asalta también cada vez que me lavo de pie en la bañera. Algo se posa sobre mi piel. Me envuelve, se tensa y me deja claro que estoy en el lugar equivocado.

Hace poco se me ocurrió que quizá esa sensación se deba a que nací poco después de unos gemelos, de un útero que aún estaba algo dilatado. Puede que en los primeros nueve meses mamá ya me dejara demasiado suelta.

Me voy antes de que la madre de Laurens se dé cuenta de que la estoy mirando.

Aún no he llegado a casa cuando se desata la tormenta. Las primeras gotas de lluvia están tibias. Es inevitable,

estos últimos días el agua salía caliente incluso del grifo del agua fría. Busco un árbol para guarecerme, me quedo debajo del seto que linda con nuestro jardín y miro cómo arrecia la tormenta alrededor. Llueve a cántaros que quiebran las ráfagas de viento.

No deberíamos haberle regalado nunca herramientas a papá, y menos aún unas podaderas. Llevan ya dos años colgadas del techo con los dos mangos mirando hacia abajo, inmóviles. Cuando sopla el viento, cobran vida. Quizá sea eso lo que le dio ideas.

Al principio, la cubierta de hojas me protege, pero no tardan en colarse unos goterones gruesos e irregulares. Poco importa que me moje.